

LA HISTORIOGRAFÍA MODERNA EN MÉXICO: GÉNESIS, CONTINUIDAD Y TRANSFORMACIÓN DE UNA DISCIPLINA*

Guillermo Zermeño

El Colegio de México

gmoz@colmex.mx

(Sinopsis)

La concepción actual de la historia como actividad científica está determinada por el proceso histórico que la conformó como un saber autónomo productor de nuevos conocimientos sobre el pasado. Una manera de comprender su peculiaridad consiste en someterla al análisis histórico. Por este medio podemos observar las condiciones que hicieron posible su aparición e incluso los elementos que pudieron haber intervenido para fijar una imagen emblemática de lo que podría esperarse del trabajo del historiador. Nuestra hipótesis es que esta manera de establecer las relaciones entre el pasado y presente se jugó y se fraguó básicamente en el siglo XIX.

El surgimiento de la historia-ciencia en el siglo XIX se asocia al nombre de Leopold von Ranke. Su aparición ocurre cuando el único conocimiento considerado como necesario y universal era el de las ciencias naturales. Asimismo se considera que el establecimiento de una ciencia histórica acorde con los lineamientos rankeanos tiene lugar en México durante los años de 1910-1960. La historiografía científica podría verse entonces como uno más de los logros de la revolución mexicana en el campo de la cultura científica moderna. A contrapelo de esta interpretación, en esta comunicación se rastrean los orígenes de la historiografía moderna mexicana en la segunda mitad del siglo XIX y se dibujan algunas pistas para entender su evolución hasta el momento actual.

* XI Reunión de Historiadores Mexicanos, Estadounidenses y Canadienses Las instituciones en la historia de México: formas, continuidades y cambios. Monterrey, N.L., 1-4 de octubre de 2003.

Esta ponencia forma parte del proyecto de investigación colectivo, "El impacto de la cultura de lo escrito en la historia de México, siglos XVI-XX. Una aproximación desde la historia cultural" financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Algunos de sus avances ya han sido publicados en mi libro *La Cultura Moderna de la Historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002.

I

Se ha dicho que la Historia-ciencia surge en México bajo el impulso creativo de lo que se conoce como la Revolución mexicana. Su aparición ocurre durante el periodo en el que paradójicamente la revolución se institucionaliza, 1920-1940. Visto así, el proceso de la profesionalización de la disciplina de la historia es uno más de los logros de la Revolución.

En esta comunicación quisiera mostrar que esta apreciación es solamente una parte de la verdad en torno al surgimiento y desarrollo de una nueva manera de entender y articular las relaciones entre el pasado y el presente.

Me resulta particularmente interesante que uno de los representantes más insignes en el origen de la profesionalización de la historia en la década de los treinta haya postulado al modelo rankeano como el paradigma de la historia-ciencia a promover institucionalmente, justo en el momento en el que el mismo modelo estaba siendo sujeto a revisión en diversos países donde se había implantado en el siglo XIX (Zavala en Meyer, 1993). Esto me ha llevado a pensar en un posible desencuentro o al menos en un encuentro tardío de México con la modernidad, refiriéndome exclusivamente al campo de la historia. Cuando esta nueva técnica de producir nuevos conocimientos sobre el pasado está siendo actualizada en Europa o en Estados Unidos –sus lugares de origen- parecería una vez más que México llega tarde a la modernidad.

De ahí surge mi interés en intentar darle un giro a esta percepción y mostrar que la emergencia de un discurso moderno sobre el pasado emerge con vigor y rigor –aun sin la instancia institucional del seminario rankeano prototipo del nuevo trabajo historiográfico- hacia la mitad del siglo XIX, como un efecto colateral de eventos no deseados como la derrota de México frente a los Estados Unidos en 1847. Mi hipótesis es que este evento reforzará la necesidad de establecer nuevas bases para inscribir el pasado en el presente por medio de la escritura.

Quisiera advertir que este planteamiento forma parte de una investigación en curso sobre la historia intelectual y cultural moderna de México. El objetivo central de esta investigación histórica está enfocada a develar la formación del campo historiográfico mexicano. Así mi interés ahora es presentar algunas líneas de reflexión para situar el proceso que condujo al ingreso de México en la modernidad historiográfica.

II

Reconstruir esta historia desde la perspectiva de la historia cultural presenta un problema inicial: la de no poder acceder inmediatamente a ese pasado y de tener que realizar la tarea desde el presente. Toda obra del pasado contiene una alteridad inscrita en su propia literalidad que no puede soslayarse. En ese sentido se requiere romper la falsa familiaridad que todo texto puede producir al formar parte de nuestro presente. Este recurso hermenéutico es la manera para abrirse a la comprensión de las obras sin que desaparezca su alteridad. La crítica literaria tradicional como veremos enfatizó la lucha en contra de las posibles “alteraciones”, “errores”, deterioro o corrupción de los textos, creyendo que de esa manera podría restaurar su sentido original. Con este recurso, sin embargo, la crítica filológica únicamente consiguió construir el sentido de las obras a imagen y semejanza del presente o, en su defecto, dejarlas en un sentido inerte para el presente. En contra de esta posición modernista y romántica, nos interesa mostrar más bien lo que nos separa de las obras de los historiadores anteriores y lo que podría traslucirse de su experiencia para el presente.

Así, yo espero que en vez de descubrir los orígenes modernos de la historiografía en el pasado, pueda mostrar cómo las preguntas que se plantean surgen del presente para ser respondidas en el presente después de haber hecho un paseo por el pasado. Con esto quiero decir que el propósito de hacer una historia de la historia moderna en México se origina en el interés actual por revisar las bases sobre las que se estructuró nuestro saber histórico en la modernidad. Es una preocupación que no es exclusiva de la historia y que podría situarse en los esfuerzos recientes por historizar a la ciencia como una forma peculiar de producir saber y de transformar el mundo. En mi caso se trata de hurgar, de excavar en los cimientos que sostienen la misma práctica que hace posible esta indagación. Esta excavación no conduce necesariamente a socavar las bases de su construcción, sino tan sólo a identificar la razón de ser de ¿por qué el saber histórico moderno se estructuró de esa manera y no de otra? ¿A qué clases de requerimientos o necesidades obedeció?

Cómo ya se sugirió podemos establecer la década 1845-1855 como el espacio temporal que favoreció la reestructuración del modo de operar de la escritura de la historia. En esta labor participaron tanto personajes identificados con el partido conservador (como Lucas Alamán y José Gómez de la Cortina, por ejemplo) como liberales aunque éstos un poco más tarde como Guillermo Prieto o Manuel Orozco y Berra. Quiero sugerir con ello

que la distinción con base en la ideología política no ayuda a entender el ingreso de México en la historia moderna, como si unos fueran los representantes del atraso y otros los del progreso. Más bien, unos y otros se entrelazan en torno al mismo objetivo: modernizar a México, actualizarlo, ponerlo al día, aprender de la experiencia de los países más avanzados, etcétera.

Este propósito permite detectar el establecimiento de nuevas reglas que para la escritura de la historia resultan ser sustanciales, reglas que van desde el nivel gramatical y sintáctico hasta el semántico. Pero no sólo eso: estas mismas reglas crean las bases para hacer la selección de las obras del pasado, para discriminar incluso internamente a las mismas, es decir, para crear las bases de una nueva lectura de las obras del pasado. La crítica de textos tradicional se enfocó a la lucha en contra de las posibles alteraciones de un supuesto sentido original, creyendo con eso que mediante su depuración sería posible descubrir la verdad de los acontecimientos. A partir de esta clase de criticismo que remite a una historia de larga duración (por lo menos hasta el renacimiento), se recopilarán, editarán y se leerán las crónicas o testimonios documentales con el fin de revelar el verdadero carácter de los episodios supuestamente fundadores de la nueva nación mexicana, referidos a la conquista y la independencia, principalmente.

Creo que esta apreciación no tendría grandes dificultades para ser aceptada, si posteriormente no se hubiera desarrollado una especie de hegemonía en la interpretación liberal de la historia. La solemnidad y ritualización del pasado que culmina con la fiesta del centenario de 1910 deja ver una especie de anquilosamiento o de sustancialización de la historia, en la que finalmente aparece la materialización de un México moderno victorioso gracias a sus triunfos militares sobre los conservadores –los enemigos internos- como sobre los franceses –sus enemigos externos. La sustancialización de la historia cuya máxima expresión es la obra colectiva de México a través de los siglos coordinada por un general y político, Vicente Riva Palacio, impide apreciar precisamente el proceso de esta construcción.

Mientras la primera hornada de historiadores modernos como Lucas Alamán o Joaquín Icazbalceta consideran su trabajo todavía como una obra en construcción –me refiero a los autores del primer diccionario universal de geografía e historia producido por mexicanos entre 1853-1856- como la primera piedra del que deberá ser el edificio de la

nueva historia de México, la segunda generación –Riva Palacio, Francisco Sosa, José María Vigil, Justo Sierra- copartícipes y producto del triunfo militar del liberalismo en 1867 apreciarán sus trabajos como la culminación de un largo proceso. No es accidental que durante ese periodo se fabrique la primera gran historia universal de México (México a través de los siglos) y se produzca una segunda versión del Diccionario universal de México coordinado por Antonio García Cubas. Además de la selección de autores y temas se puede observar la diferencia entre una cierta frescura y candor de la escritura del primer diccionario de 1853 y la solemnidad del producido entre 1888 y 1891.

La pregunta que surge entonces es cuál podría ser la contribución específica de la nueva historia institucional del periodo de la Revolución en relación con las anteriores versiones. Dentro del marco de la Revolución con la aparición de una pléyade de nuevos intelectuales –Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Daniel Cosío Villegas, Silvio Zavala, etcétera- en teoría la identificación de la historia con el modelo rankeano debería significar ofrecer una “nueva historia” objetiva e imparcial que trascendiera las inquinas ideológicas y políticas, es decir una historia supuestamente no partidaria. Según el historiador Edmundo O’Gorman (O’Gorman 1999) uno de sus males fue la de haber revivido la contienda del siglo XIX entre liberales y conservadores o reaccionarios y revolucionarios.

Paradójicamente este ideal de exactitud y objetividad no hacía sino retomar valores epistémicos promovidos en el antiguo régimen o no exclusivos de la Revolución. Valores y virtudes que ya había sido postulados por la primera generación del medio siglo del XIX y que serían apuntalados y solemnizados alrededor de la filosofía positivista de la segunda generación durante el régimen de don Porfirio (Zermeño 2002). De esa manera durante el período de la profesionalización de la historia-ciencia parecería que el paradigma científico rankeano fue convocado como árbitro para dirimir en el campo del saber histórico una contienda que en esencia era de índole política, sin que se cuestionaran las bases ahistóricas o sustancializadas sobre las que se había estructurado el discurso histórico de la modernidad nacionalista decimonónica.

La nueva historiografía científica, en ese sentido, no hace sino proseguir el interés por producir toda clase de historias generales y universales referidas a los periodos maestros –conquista, independencia, reforma, revolución- y más tarde ampliada a las

regiones y/o estados de la federación. Es verdad que también se conjugó esta necesidad con la de producir un rico y extenso repertorio de estudios monográficos, generalmente producto de las tesis de las recién o posteriormente creadas instituciones y centros universitarios de la historia. Aceptando también que muchos de esos trabajos se convirtieron o han convertido en referentes obligados de nuevas interpretaciones sobre eventos más o menos conocidos, u otros que se produjeron desde los márgenes igualmente o más influyentes como el de Pueblo en Vilo de Luis González o el de la Invención de América de O’Gorman.

Sin embargo, podríamos añadir que el ingreso de México en la historiografía moderna no sigue una trayectoria lineal. Cuando parecía haber quedado saldado el conflicto entre liberales y conservadores con el consenso en torno al orden y progreso del porfiriato, la revolución lo retoma y lo lleva de nuevo al punto de partida de la historia al preguntarse de nuevo sobre la identidad del mexicano, motivo de la resurrección de viejas polémicas entre conservadores y liberales, hispanistas e indigenistas. Como si la pregunta que inspiró a la historiografía de los años 1850’s no hubiera quedado resuelta satisfactoriamente.

En ese contexto, me parece, que la búsqueda de objetividad de corte rankeano se entiende como la aspiración de volver a mirar otra vez el origen de la nación antes de la corrupción y oscurecimiento producto de las interpretaciones anteriores y entraña por ello un impulso fuertemente romántico, en el sentido doble: de una añoranza por los orígenes y en el de su imposibilidad real dada la constante revolución de los medios de producción tanto los que ocurren en el campo del sentido –los propios de la historia- como en el terreno de la producción de toda clase de objetos. Añoranza e imposibilidad de ver cara a cara el momento originario de un suceso cuya conexión con el presente sólo adivinamos. Con ello parecería que la modernidad historiográfica toca su límite, llega a un punto que parece convertirse en un círculo vicioso o en un callejón sin salida.

III

Existen varios intentos para encontrar una salida al laberinto. Varios esfuerzos que dejan ver un nuevo espacio de reflexión sobre el quehacer y función de la historia en un mundo globalizado. Sin duda, por ejemplo, meritorios y muy sugestivos son los trabajos de Claudio Lomnitz, Roger Bartra o Bolívar Echeverría, unos más optimistas y otros más melancólicos, pero que dejan ver la aparición en México de una generación de

historiadores, antropólogos o filósofos enclavados en los ámbitos académicos institucionales creados durante el periodo de la revolución institucionalizada.

En esta ocasión quisiera evocar la presencia de un historiador que podría encabezar esta lista, un historiador muy venerado pero quizás salvo algunas excepciones poco debatido entre los historiadores, ya sea por su supuesto lenguaje “filosófico”, o bien por las implicaciones relacionadas con el funcionamiento de la disciplina de la historia en la modernidad.

Inserté a Edmundo O’Gorman en un ensayo anterior (Zermeño 1999) para tratar de inscribirlo a la par con otros historiadores relevantes actualmente para la historiografía mundial como Reinhart Koselleck. Intenté mostrar en ese ensayo sobre las nociones de crítica y crisis en la historia que no es que México ingrese tarde a la modernidad o sufra de un permanente atraso, sino que aun cuando no se le perciba, México ha estado en simultaneidad con otras experiencias elaborando y reelaborando su ingreso en la modernidad desde que políticamente quedó desmembrado del Imperio español en 1821 (O’Gorman 1986).

Algunos de los ensayos históricos o’gormanianos escritos durante el auge del estructuralismo en México -1965-1980- pueden tornarse de gran pertinencia si se busca una forma de desactivar un discurso histórico moderno sustancializado, una tarea llevada a cabo por pensadores e historiadores de la talla de Hans-Georg Gadamer y Reinhart Koselleck, quienes se preguntan acerca de lo que se puede hacer con la historia, obviamente después de Ranke, intentado con ello establecer los vínculos que podría haber entre Historia y Modernidad.

En su crítica a la historiografía liberal, un liberal y agnóstico como O’Gorman trató de desmontar procedimientos orientados a descubrir siempre en el “otro” al culpable de los fracasos propios, el “otro” interno –una larga lista que engloba a los conservadores y trasladable a los campesinos, indígenas, cristeros, católicos, mujeres, clases medias, etcétera- o el “otro” externo –representado por Los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, etcétera- no haciendo con ello, señala O’Gorman, sino intentar evadirse de la realidad, es decir, “salirse de la Historia, sin asumir las responsabilidades propias de la modernidad (O’Gorman 1999). Historia y modernidad entendida como una pareja indisolublemente

asociada, pero también la historia caracterizada como riesgo, indicando con ello que frente al futuro no hay nada seguro ni obligatoriedad alguna.

Esta posición deja atrás las viejas distinciones liberales-conservadores que la Revolución se encargó de revivir, para abrirse a otras clases de universalismo. Cómo pensarse desde dentro de la historia y no sólo frente a la historia, es precisamente uno de los retos englobados en lo que se conoce actualmente como la nueva historia cultural, dentro de la cual considero que las aportaciones o'gormianas del periodo dominado por la historia serial o estructuralista cobran especial pertinencia actualmente.

IV

Concluyo estas breves anotaciones señalando que una de las posibilidades que se abre es repensar la modernidad como una entelequia, que sólo adquiere inteligibilidad si se le asocia con las formas como la experiencia social e histórica se ha ido estructurando temporalmente, es decir, a partir de pasados presente y de pasados futuros. La historiografía que se hereda del siglo XIX sería en ese marco sólo una forma entre otras de hacerse de esa experiencia.

Bibliografía

Alamán, Lucas *et. al.*, *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, T. I, México, Tipografía de Rafael/Librería de Andrade, 1853.

García Cubas, Antonio, *Diccionario Geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*, 5 vols., México, Antigua Imprenta de Murguía, 1888-1891

Meyer, Jean, coord., *Egohistorias. El amor a Clío*, México, CMCA, 1993.

O’Gorman, Edmundo, *La supervivencia política novo-hispana. Monarquía o república*. México Universidad Iberoamericana, 1986 (1967)

-----, *México, el trauma de su historia*. México: Conaculta/ Cien de México, 1999 (1977)

Zermeño, Guillermo, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002.

Zermeño Padilla, Guillermo, “Imparcialidad, objetividad y exactitud. Valores epistémicos en el origen de la historiografía moderna en México (1840-1910)”, *Historia y Geografía* 20, 2003, pp. 49-83.